

I Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XVI Jornadas de Investigación Quinto Encuentro de Investigadores en Psicología
del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2009.

Diferentes diferencias.

Moraga, Patricia.

Cita:

Moraga, Patricia (2009). *Diferentes diferencias. I Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XVI Jornadas de Investigación Quinto Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-020/677>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eYG7/sPq>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

DIFERENTES DIFERENCIAS

Moraga, Patricia
Universidad Nacional de Lanús. Argentina

RESUMEN

Se presentan resultados de una investigación sobre el problema de la diferencia y su relación con la singularidad, tal como es abordado por Lacan, Deleuze y Derrida. Se define la diferencia general, se articulan los conceptos de diferencia absoluta y rasgo unario, y se distinguen entre sí la diferencia entre los sexos y la pequeña diferencia freudiana.

Palabras clave

Diferencia Singularidad Sexuación Unario

ABSTRACT

DIFFERENT DIFFERENCES

Results of a research on the problem of difference and its relation to singularity, as it is approached by Lacan, Deleuze, and Derrida. General difference is defined, the concepts of absolute difference and unary trait are related to each other, and sex difference is distinguished from Freudian little difference.

Key words

Difference Singularity Sexuation Unary

1. LA DIFERENCIA GENERAL

Saussure busca fundar la lingüística como ciencia separando el orden de las cosas en sí, por un lado, y los fenómenos, por otro. La lengua es un sistema de puras diferencias: cada signo vale por su relación con otro signo y su identidad está fuera de sí.

Pero ¿qué estatuto tiene la comunicación para Saussure? El sujeto hablante imagina que el otro sujeto que tiene ante él no es sólo un semejante, sino un ser como él mismo, otro sujeto hablante. Sin embargo, dos seres hablantes son realmente distintos, y su diferencia no puede ser borrada de manera alguna, ni siquiera conceptualmente: no hay realidad posible en la que ambos puedan hacerse simétricos. El modelo de la comunicación saussureana aplica, a la conjunción imposible entre los sujetos hablantes, el principio de simetría: los sujetos hablantes se definen por los rasgos que los hacen iguales, y lo que sutura el espacio de esta conjunción imposible entre los hablantes es el lenguaje o la lengua. El malentendido es entonces reducido a algo que queda por fuera de la lingüística y es sancionado como error o incorrección. La comunicación reduce la diferencia a lo mismo: el otro al que le hablo es igual a mí. *Se va, entonces, de lo Otro que es diferencia radical, a lo otro como lo mismo.*

El signo no es, para Saussure, *él mismo*: es una diferencia atrapada en una red de diferencias. Ahora bien, esta diferencia del signo es aquello que se dice de todos los signos, y esto la torna universal o general en sentido aristotélico (universal es lo que se dice de más de uno, singular es lo que se dice de no más de uno). Por lo tanto, contradiciendo la definición dada por Saussure, podemos concluir que *la lengua no es diferencia singular*.

Deleuze (1968, pp. 15, 21) señala que "la diferencia como generalidad" implica lo negativo y es llevada hasta la contradicción, como en la lengua, por estar subordinada a lo idéntico. El primado de la identidad define el mundo de la representación. Según la generalidad, los términos particulares son sustituibles unos por otros. Lo general, común a muchos, se opone a lo único, que no puede ser remplazado por otro.

2. LA DIFERENCIA ABSOLUTA Y EL RASGO UNARIO

Lacan (1964, p. 284) retoma la definición de diferencia absoluta en el contexto de la distinción entre el Ideal del yo, el rasgo unario y el objeto a. Había precisado ya que el lugar original del sujeto es el vacío: "¿Cómo reconocería ese vacío como la Cosa más próxima aun cuando excavara de nuevo en el seno del Otro, por hacer

resonar en él su grito? Más bien se complacerá en encontrar las marcas de respuesta que fueron poderosas a hacer de su grito llamada. Esas marcas quedan circunscriptas por el rasgo significante, marcas donde se inscribe la omnipotencia de la respuesta. Es la constelación de esas insignias la que constituye, para el sujeto, el I(A).” (Lacan, 1960, p. 659). Lacan recuerda allí la equivalencia entre el vacío de la falta-en-ser y el vacío como la Cosa más próxima, es decir entre el sujeto barrado y el objeto a.

Lacan y Deleuze se interrogan por lo que hay antes de la emergencia del sujeto. ¿Convergen en este punto? El cuestionamiento de Deleuze no se agota en la crítica del sujeto del conocimiento moderno, del sujeto trascendental kantiano y de la conciencia trascendental de Husserl, sino que apunta a una búsqueda de la diferencia como singular que cuestiona los conceptos de *individuo* y *persona*, y el *yo* como representación. Se interroga por las condiciones que hicieron posible el surgimiento del sujeto moderno y utiliza, para ponerlo en cuestión, las nociones de singularidades preindividuales o impersonales.

Para Lacan, por su parte, sólo es pertinente hablar de sujeto del inconsciente si tenemos al menos dos significantes que conforman una cadena, pues sujeto es lo representado por un significante para otro significante. En un primer tiempo (mítico), el cachorro humano emite su grito, que es una cesión de goce, un fomena en bruto. El grito localiza el lugar del Otro como capaz de responder, o no, al grito, y el Otro hace, del grito, *llamado* (demanda). El significante de la respuesta del Otro es un rasgo que hace del viviente un *sujeto*. Esta primera marca es un rasgo unario carente de significado que constituye al sujeto como conjunto vacío inscripto en el Otro. En esta operación se pierde un goce (el del puro viviente), pero el rasgo unario queda como marca de ese encuentro.

Sólo con la repetición del rasgo tenemos un sujeto con falta-en-ser, representado por un significante para otro significante; esta diferencia subjetiva vale para todo ser hablante. La falta-en-ser es entonces del orden de lo general (universal).

Es importante diferenciar los dos complementos del sujeto como falta-en-ser: el complemento significante es el rasgo unario, y el complemento libidinal es el objeto a (plus de goce).

Pero ¿qué hay antes de producirse ese sujeto, representado por un significante para otro significante? Un rasgo unario (Uno) solo, que es *diferencia en sí* y, por lo tanto, *singular*, al que debemos distinguir del rasgo en el nivel del Ideal.

Más adelante Lacan (1964, p. 284) señala la distancia entre el lugar donde el sujeto mira (Ideal del yo) el lugar donde se ve (yo ideal), y ese otro punto donde el sujeto es causado como falta por el objeto a, causa del deseo que constituye la *diferencia absoluta*.

Sin embargo también el rasgo unario (como S1) tiene caracteres que le otorgan un estatuto de diferencia singular. Además, dice Lacan (1970, p. 49), la marca es el origen del significante y todo lo que al psicoanalista le interesa saber se origina en el rasgo unario. El masoquismo y las prácticas de flagelación permiten articular de una manera exquisita el gesto, la marca singular y el goce del cuerpo: “la marca sobre la piel donde se inspira, en este fantasma, lo que no es más que un sujeto que se identifica como objeto de goce. En la práctica erótica a la que me refiero, que es la flagelación, el gozar adquiere esa ambigüedad que resulta de que en ella, y sólo en ella, es palpable la equivalencia del gesto que marca y el cuerpo, objeto de goce” (*ibid.*, p. 52).

El cuerpo es una superficie de escritura. Y no es necesario un látigo, cuando se dispone del significante y sus efectos de goce. En resumen, puede situarse primero la diferencia absoluta en el objeto a y en el rasgo unario, lo singular, con sus efectos de goce. Pero hay en la última enseñanza de Lacan un cambio de paradigma: el goce es asunto del cuerpo propio, es goce del Uno. Si la relación con el Otro no es un dato de entrada, hay que demostrar el pasaje del Uno del goce al Otro. De ahí nuestro interés en interrogar lo que hay antes de la emergencia del sujeto del significante.

La tesis de Deleuze (1968) sostiene que “sólo lo único, la diferencia singular,” es objeto y sujeto de la repetición verdadera. Esta es necesaria para aquello que no tiene semejante o equivalente, para aquello que es una singularidad irremplazable: por ejemplo la obra de arte o un poema que se aprende de memoria y que se repite porque no tiene semejanza con ningún otro. La repetición verdadera se distingue de la falsa repetición, tal como la de las

costumbres o los hábitos. La “diferencia pura” es afirmación porque no está concebida en términos de identidad y de representación. La diferencia singular está del lado del rasgo unario, del significante solo y del goce - aquello que es lo más singular y único.

3. LA DIFERENCIA SEXUAL

Hemos visto que la diferencia no se dice de igual modo en todos los casos. Partimos de un “*no hay relación sexual*” y, si el falo no es la medida entre los sexos, entonces debemos concluir que él no basta para responder por la diferencia sexual.

Ahora bien, sabemos que hay diferencia y que ésta es positiva, de modo que debemos interrogar el modo de justificarla.

Freud había situado la disparidad entre los sexos en la “pequeña diferencia” (el falo imaginario) y en la operación de castración.

Como acertadamente señala Derrida (1978, p. 60), “desde el momento en que se determina la diferencia sexual como oposición, cada término invierte su imagen en el otro, tal es el mecanismo de la contradicción”.

La diferencia planteada exclusivamente en términos fálicos lleva a la oposición por estar tomada en el principio del falo como identidad.

Lacan subraya que la sexuación no debe confundirse con las identificaciones sexuales: los seres hablantes, significantes hombres o mujeres, no se reconocen, sino que son identificados por el discurso como hombres o mujeres en relación al tener o no tener el falo.

Derrida se refiere a esto mismo cuando dice no hay “verdad en sí de la diferencia sexual en sí, del hombre o de la mujer en sí; por el contrario toda la ontología presupone, recela esta indecibilidad de la que es efecto de reconocimiento, de apropiación, de identificación, de verificación y de identidad” (1978, p. 68).

Interrogaremos al amor como una de las tantas formas de suplir el “no hay relación sexual”. Demostrar la lógica del amor es, también, verificar lo imposible. Si no hay relación sexual, ¿no hay relación entre los modos en que se plantea, para cada uno de los sexos, la cuestión del amor?

Unos años antes de Freud, Nietzsche (1882, p. 382) sitúa la *disparidad entre los sexos* en el amor, sobre el cual cada sexo tiene su prejuicio: “La diferencia entre los sexos no se reduce a la mera diferencia anatómica, sino que se refiere a una disparidad en el ámbito del amor y el deseo. Es condición del amor entre los sexos que uno de ellos no presuponga, en el otro, el mismo sentimiento ni el mismo concepto del amor. Para la mujer, el amor es entrega perfecta, y ella ve con pudor y horror la idea de una entrega amorosa que suponga la igualdad. La incondicional renuncia de la mujer a los propios derechos presupone que del lado del hombre no exista un *pathos* igual”.

Ahora bien, Lacan (1973) dice que todo ser que habla se inscribe de un lado o del otro de las fórmulas de la sexuación. El hombre, en tanto *todo*, se inscribe mediante la función fálica, y esta función, encuentra su límite en la existencia de una x que niega la función de la castración: tal es la “función del padre”, límite y garantía del *todo*. En conclusión, todo lo que se inscribe de ese lado - el lado “macho” de la sexuación - se sitúa como tal en relación con el falo (entendido, entonces, como un atributo universal).

Las fórmulas de la sexuación inscriben cómo cada ser hablante se sitúa teniendo como partenaire el falo, no el Otro sexo (femenino). Pero ellas no permiten deducir cómo se relacionan los seres hablantes a pesar del “no hay relación sexual”, es decir cuáles son los modos de suplir, no anular, lo imposible. ¿Cómo se las arregla cada ser hablante con el Otro sexo (femenino)? Con respecto a esto, el Otro “no puede ser sino el Otro sexo”, cuya alteridad es radical. ¿Qué hay de la posición de ese Otro “respecto a ese retorno con que se realiza la relación sexual, o sea, un goce”? se pregunta Lacan (1973, p. 52). El goce femenino se distingue del goce fálico, es suplementario con respecto a él, y no encuentra, como éste, un límite en la castración. En la lógica de la sexuación femenina, la del “no todo”, una mujer prueba que ella no suple la relación sexual que no hay mediante el objeto a, sino mediante la exigencia de encarnar el “una por una”. Su goce se desdobra entre el falo, Φ , y el significante de la falta en el Otro, S(A/).

El hombre busca las condiciones de su felicidad según su fantasma: ama con su inconsciente y hace pareja con el objeto a, que

sustituye al Otro. Del lado de los hombres tenemos, pues, el estilo fetichista. Esta condición que le impone a su partenaire (la mujer) se lleva mejor con el silencio de ésta: cuanto más ella se calla, mejor puede hacerla objeto de su inconsciente. En cambio, el estilo erotomaniaco en las mujeres introduce la certeza del amor: el otro no sólo me ama, sino que me habla. Del lado de las mujeres, es necesario que el amado hable, y además que hable de lo que a ellos los une. La mujer necesita, para consentir a la sexualidad, una larga preparación: exige que se le hable.

Pero el sujeto femenino también tiene relación con el S(A/), con un goce silencioso, el de lo imposible de decir, donde la última palabra sobre el amor faltará. Y si, en las mujeres, el hablar de amor es un goce (parloteo), hay también un punto en el que la palabra calla: en ese momento silencioso, las mujeres encuentran el alivio de tener que hablar, se alivian del parásito del lenguaje. La disparidad del amor está situada en esta relación donde se anudan la pulsión y el silencio, tanto del lado de los hombres como del lado de las mujeres.

La pregunta que Freud planteaba: *¿Qué quieren ellas?*, tal vez no tenga una respuesta general, y por eso, como la diferencia singular, se repite como única, que no tiene semejante ni equivalente, en el "una por una".

BIBLIOGRAFÍA

- DELEUZE, G.: (1968) Diferencia y repetición.
DERRIDA, J.: (1978) Espolones. Los estilos en Nietzsche.
LACAN, J.: (1960) "Observación sobre el informe de Daniel Lagache", en Escritos.
LACAN, J.: (1964) Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis.
LACAN, J.: (1970) El reverso del psicoanálisis.
LACAN, J.: (1973) Aun.
MILNER, J.C.: (1978) El amor de la lengua.
NIETZSCHE, F.: La gaya ciencia.